



Ksenija Bilbija, Ana Forcinito
y Bernardita Llanos (ed. de),
*Poner el cuerpo: rescatar y
visibilizar las marcas sexuales
y de género de los archivos
dictatoriales del Cono Sur.*

(Santiago, Cuarto Propio, 2017, 259 pp., ISBN 978-95-6260-944-9)

por Bernardita Llanos

Este volumen se propone en primer lugar un trabajo de reconocimiento y visibilización de la violencia de género en el marco del terrorismo de estado en Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay. Muchos de los ensayos incluidos dan cuenta de esa necesidad imperiosa: la de sacar de los lugares ocultos las marcas sexuales que habitó la represión del estado. Hablamos de violencia de género en varios sentidos: asignando el primero de ellos a la violencia sufrida por mujeres militantes dentro de las militarizadas y jerárquicas estructuras de la militancia política de los sesenta y setenta para las cuales los asuntos de mujeres no eran otra cosa que consideraciones burguesas del feminismo imperialista. En este sentido hay una revisión del pasado y del activismo realizado dentro de organizaciones de izquierda donde las mujeres fueron discriminadas por su género. El volumen también considera la actualidad de la lucha por el reconocimiento de la violencia de género y contra la sexualidad como delitos de lesa humanidad que aún permanecen sin penalizar en Chile y Paraguay.

Los artículos también se ocupan de la violencia de género específicamente relacionada con el terrorismo de estado. Por lo tanto, hablar de violencia de género en el marco del terrorismo de estado implica un pasaje por las estructuras de militancia



política que anteceden los regímenes dictatoriales y por las estructuras jurídico legales que las suceden. En ambas están presentes tramas de la violencia y el poder. Y por supuesto también en las estéticas y las políticas de la memoria y sus claves interpretativas. En este sentido los ensayos aquí reunidos también reabren las discusiones jurídicas y legales de la transición que, aunque hablaron de las torturas infligidas en los ciudadanos, no las catalogaron como sexuales.

El volumen cuenta con una introducción y doce ensayos escritos por académicas en universidades latinoamericanas y americanas que abordan la problemática de la violencia sexual y de género bajo las pasadas dictaduras en Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay.

Ana Forcinito en su ensayo "El nudo de consentimiento: violencia sexual y nuevos paradigmas de interpretación en Argentina" hace hincapié en estas dos luchas: la lucha feminista por el poder de la interpretación, sobre todo en el escenario jurídico y de la ley y el de las exdetenidas y el trabajo testimonial e interpretativo. Mi objetivo es discutir algunos de los pilares interpretativos de la violencia de género en el marco del terrorismo de Estado y analizar los paradigmas que han servido para desmontar esos pilares interpretativos, o al menos para revertirlos en el escenario de la ley y en la escena cultural. Para ello, realiza una reflexión sobre el consentimiento, concepto en el que están ancladas muchas de las claves interpretativas fuera y dentro del espacio de la ley que han servido como coartadas para hacer invisible e inaudible la violencia sexual.

"Perspectiva de género y narrativa legal: sexualidad y poder en las políticas de memoria y justicia en Argentina" de María Sonderéguer plantea que el debate jurídico a nivel internacional y en 1998, el Estatuto de la Corte Penal Internacional la tipificó la violencia sexual como crimen de lesa humanidad. Por eso en esta última década, con la reapertura de los juicios en Argentina, los testimonios sobre violencias sexuales hicieron posible comenzar a pensarlas como un crimen específico, como un delito autónomo diferenciado de los tormentos. En el caso de la sexualidad, cuando esa lengua escribe su letra en el cuerpo de una mujer –o de un varón– expresa un acto domesticador donde los perpetradoras inscriben su soberanía.

Giovanna Urdangarain en su ensayo "El cuerpo como bisemia: una mirada de género al pasado uruguayo reciente," propone el análisis yuxtapuesto de las representaciones testimoniales y ficcionales y considerar tres paradojas que despliega este corpus. la memoria encarnada en el cuerpo como fuente imprescindible para pensar el pasado pero como fuente única, no puede generar el diálogo intergeneracional necesario para expandir los discursos que forman la memoria social sobre ese pasado. En segunda instancia, si se abordan las reflexiones sobre el pasado a partir de un binomio instrumental (opresión *versus* resistencia; víctimas *versus* victimarios) se cae inevitablemente en la re- victimización. Finalmente, si bien las representaciones corporales se erigen como espacios donde se asienta el registro del dolor, también emergen como los espacios donde ese dolor se trasciende.

Por su parte, el capítulo "Subjetividades de mujeres, indígenas y homosexuales que militaron en el MIR chileno: Las memorias débiles de los sujetos escondidos del proyecto revolucionario" de Cherie Zalaquett tiene por objetivo general interrogar desde el presente, los roles de sexo género así como el posicionamiento de la etnia y de la clase, naturalizados en la ideología política y la estructura partidaria del MIR en Chile. También se propone dar cuenta de la coerción ejercida sobre el brote de identidades diversas que



fueron diluidas en la supuesta universalidad del discurso ideológico partidario. Por ello, los sujetos de este capítulo son principalmente las mujeres, los indígenas y los homosexuales, cuyas marcas han aflorado en el presente a través de lo que la autora denomina “memorias débiles” y como factores elididos en la constitución de las subjetividades políticas miristas.

El capítulo “Maldito cuerpo de mujer: violencia sexual y violencia de género dentro del terrorismo de estado en Argentina y Chile” de María Rosa Olivera-Williams se enfoca en un tema poco estudiado dentro del campo de los estudios de memoria y los estudios culturales: la homologación por parte de las dictaduras militares del Cono Sur de la ideología política de izquierda como desviación política con la desviación sexual y de género de los y las militantes. De especial interés en este estudio es su comparación entre el testimonio de Marcia Alejandra Merino y Feliciano Cerda, cuyas vejaciones sexuales adquieren diversos sentidos en un contexto patriarcal postdictatorial en Chile.

Mi artículo: “Carmen Castillo: Filmar y escribir las resistencias” analiza la producción visual y textual de Carmen Castillo (1945) la cual está íntimamente ligada a la historia de Chile de los últimos cuarenta años y a su propia biografía. El contexto político chileno de la izquierda, del MIR en particular, y la represión política perpetrada por el Estado militar después del golpe de Estado de 1973 forman parte integral de la experiencia y memoria de Castillo como militante, exiliada, documentalista, escritora y sobreviviente de la dictadura. Todas estas identidades se enlazan en una perspectiva de género que construye y organiza los relatos, miradas y personajes de sus documentales donde Castillo misma aparece o bien relata mediante su voz en off. Sus libros testimoniales –*Un día de octubre en Santiago* (1982) y *Santiago-Paris. El vuelo de la memoria* (2002), escrito este último con su madre, la actriz y directora, Mónica Echeverría– manifiestan estas mismas preocupaciones con el pasado, la memoria y el relato de un yo problemático, obsesivo y cuestionador. El vuelco de la vida de Castillo, una mujer proveniente de la élite intelectual y social chilena que se convierte en revolucionaria alcanzando las cúpulas del MIR para luego unirse a la lucha clandestina contra la dictadura, encarna los cambios políticos sociales que vivió una generación de mujeres que se politizaron y educaron en los setenta. Tanto el acceso a la educación como la participación política de estas jóvenes urbanas les abrió la entrada al espacio público y a nuevos discursos que originaron a una nueva mujer latinoamericana, a partir de la figura de la revolucionaria. Hallamos ejemplos similares en Argentina, Brasil y Uruguay, donde se da una participación de las mujeres sin precedentes, tanto en el espacio público como en la política. El golpe de Estado, la represión y el exilio harán que muchas de estas jóvenes militantes chilenas continúen su activismo y trabajo artístico e intelectual en el extranjero, teniendo a la situación política de Chile y a la denuncia de la dictadura de Pinochet como preocupación principal.

Como otras militantes de los 70 que se enlistaron en organizaciones revolucionarias, Castillo se volcó a la lucha política en la vida en clandestinidad hasta que sufrió los embates del terrorismo de Estado al punto de casi perder la vida el día en que su casa fuera allanada y asaltada por la DINA.¹ Sus documentales tienen su propia

¹ Dirección Nacional de Inteligencia, policía secreta de la dictadura que funcionó entre 1974 y 1977 y que luego fue reemplazada por la CNI (Central Nacional de Inteligencia).



experiencia como punto de partida desde el que indaga sobre la historia reciente del país, la política y la sociedad chilena, como sostiene Elizabeth Ramírez (1).²

La experiencia traumática de la violencia, habiendo sido su cuerpo casi mortalmente herido, la muerte de su pareja, el subsecretario del MIR Miguel Enríquez, y luego el exilio y la pérdida del bebé que esperaban, se vuelven materia de trabajo y reflexión en textos y documentales en los que la separación entre la autobiografía y los acontecimientos del país es cada vez más tenue. La memoria neoliberal, la memoria de la militancia, la memoria familiar y la propia memoria pasan por un proceso de revisión y cuestionamiento que implica completamente al yo cuya subjetividad se va precisamente construyendo en la inscripción de experiencias traumáticas, felices y contradictorias. Dentro de este recorrido por el pasado convertido en el presente que se explora, las nuevas formas de resistencia colectiva constituyen el faro que orienta e ilumina la reflexión social de la realizadora y que le permiten confirmar el legado revolucionario, por una parte, y la persistencia del deseo emancipatorio, por otra, tanto a nivel colectivo como individual.

En la itinerancia de la realizadora expulsada de Chile en 1974 se suceden los viajes entre Francia, Chile y Cuba hasta hoy en día. La acompañan la cámara y una reflexión crítica sobre la política chilena, el MIR y la dictadura junto al interés por las luchas populares en el continente. Esta preocupación por la resistencia colectiva latinoamericana luego se expandirá también a Francia, tal como vemos en uno de sus últimos documentales, *On est vivants/Aún estamos vivos* (2015).³ Los sintecho, los inmigrantes árabes y africanos en Francia vendrán a sumarse a las filas de las mujeres indígenas bolivianas luchando por el agua en Cochabamba, a los Sin Tierra en Brasil y al Ejército de Liberación Zapatista en México; movimientos sociales que nacen de la organización popular y de una lucha ardua por derechos fundamentales –al agua, a la tierra, a la vivienda–, arrasados por las agendas económicas del neoliberalismo y la globalización del presente.

Los documentales *La flaca Alejandra. Vidas y muertes de una mujer chilena* (1994) y *Calle Santa Fe* (2007) exploran retrospectivamente la identidad propia y el impacto de la militancia política, revelando las formas en que la militante de los años 70 en el MIR se enfrentó a los mandatos patriarcales de la organización, pasó por la clandestinidad y experimentó la violencia y la tortura sexual en los centros concentracionarios. A través de una multiplicidad de experiencias durante la dictadura con otras mujeres presas y con feministas, además de nuevas lecturas, las ex militantes revolucionarias desarrollan una voz propia y una identidad de género nueva, cuestionadora del poder patriarcal. Dentro de la revisión del pasado y del MIR, Castillo coloca la figura de Marcia Alejandra Merino, alias la Flaca Alejandra, personaje emblemático de la colaboradora que se pasó a las filas de la dictadura, vinculada a la delación, a la tortura y a la abyección. La Flaca se instala en medio del coro de mujeres presentado por Castillo en el documental, intercalando su voz y la de Merino junto a su experiencia y la de otras sobrevivientes de los centros de detención dictatoriales y de la tortura. La pregunta central que asalta al espectador con el ojo de cámara enfocado en los gestos y la cara de la Flaca parece ser: ¿qué diferencia a

² Elizabeth Ramírez, "Memoria y desobediencia. Una aproximación a los documentales de Carmen Castillo." <http://www.lafuga.cl/memoria-y-desobediencia/450>. Consultado el 23 sep. 2020.

³ Maximilien Le Roy publicó el cómic *Vaincus mais vivants. La vie de Carmen Castillo* (Vencidos pero vivos. La vida de Carmen Castillo) este año a propósito de este film.



la Flaca de otras militantes que también sufrieron tortura y fueron abusadas como ella? La propia Merino contesta la pregunta y explica que se quebró por el miedo que tenía a la muerte y al dolor y su debilidad para soportarlo. Este hecho tan brutalmente factual derrumba teorías más elaboradas de la capacidad de manipulación o maquinación de la ex militante vuelta colaboradora y agente de la DINA y luego de la CNI. Las otras historias del grupo de mujeres militantes que aparecen en el documental aportan una diversidad de perspectivas sobre la identidad, la integridad, la colaboración, el compromiso político, el dolor y la muerte, formando un repertorio coral en torno al testimonio de Marcia Merino. Entre ellas Gladys Díaz, también alta dirigente del MIR, detenida en Villa Grimaldi, torturada y vejada, no condena ni juzga a Merino y, por el contrario, empatiza con ella. En contra de todas las expectativas Díaz marca la similitud de experiencia con Merino al señalar que ambas percibían al torturador que tuvieron, el brigadier Miguel Krasnoff, como un ser todopoderoso, alto y rubio, quien las hacía sentir pequeñas y desvalidas.⁴ Díaz hace hincapié en la condición de vulnerabilidad total y la pérdida de las capacidades psíquicas y cognitivas de las presas políticas ante el abuso sistemático y la tortura sexual de las que fueron víctimas. Por esa razón, Díaz no juzga a Merino, ya que las condiciones de cautiverio y violencia determinan las acciones y las posibilidades de mantener la integridad física y psíquica.

La imagen de la militante Lumi Videla abrazando y consolando a Merino despierta en Castillo la necesidad de filmar y escuchar el testimonio de la mujer más estigmatizada de la dirigencia del MIR. El desmoronamiento de las jerarquías, base de la estructura patriarcal militarista y del culto a la muerte del MIR, se realiza en Castillo frente a la imagen de las dos militantes presas y torturadas, cautivas del horror, donde una abraza a la otra, borrando las nociones de buenos y malos militantes, héroes y traidores. Se trata más bien de una acción que desafía todos los preceptos de la militancia. Castillo concluye, después de la muerte de Lumi a manos de la DINA y ser su cuerpo arrojado a la Embajada de Italia, que no hay muertes más heroicas que otras. Esta reflexión sobre el valor de la muerte de un/a militante trae a la memoria el suicidio en Cuba de Beatriz Allende, compañera de militancia, amiga y mentora de Castillo, cuya muerte no cabe dentro del panteón de los militantes homenajeados ni es fácilmente comprendida. "Muere por no poder luchar", dice Castillo, más aún muere porque la "fagocitó" su propio personaje de "mujer militante" (*Santiago-Paris. El vuelo de la memoria*, 216). La crítica que Castillo va desarrollando hacia la estructura y valores del MIR y su ruptura con el imperativo militar, le permite abrirse a otras formas de entendimiento de la militancia, llevándola también a rechazar la figura de la viuda heroica, identidad que se le impuso como parte de su labor militante en el exilio. El documental *Calle Santa Fe* rechaza esta identidad fúnebre y a modo de crítica inserta en la pantalla una imagen fotográfica de ella misma duplicada y congelada, como analiza Elizabeth Ramírez (4).

El cuestionamiento de los fundamentos de la militancia armada hacia quien fuera expulsada del partido y denostada como colaboradora y traidora, posibilita en Castillo una crítica del orden patriarcal y de la estructura del MIR como organización política armada. La perspectiva de género y la valoración de la subjetividad y de los afectos son

⁴ A diferencia de las demás ex miristas en el documental, Díaz realiza prácticas espirituales orientales dentro de un paradigma y perspectiva que le permiten acercarse a Marcia Merino cuando esta declara en 1993 a la Comisión de Verdad y Reconciliación, publica su propio testimonio en el libro *Mi verdad: "más allá del horror, yo acuso..."* y aparece en el documental de Castillo.



manifestaciones de resistencia y solidaridad entre mujeres que han vivido situaciones de violencia límite enfrentadas a la maquinaria represiva de un estado aniquilador.

Castillo inaugura un discurso del yo que hace del testimonio y el registro documental recursos para autoconstruir una subjetividad desmantelada por la tragedia y la pérdida de un proyecto en el que política y vida estaban comprometidos.

La experiencia propia en los documentales y textos autobiográficos de Castillo se convierte en material de reflexión retrospectiva que abarca las luchas colectivas, el compromiso político y las grandes pasiones de una mujer revolucionaria.

Bernardita Llanos
Brooklyn College, CUNY

llanosberns@gmail.com